



HISTORIA

Curso: 3ro A y B.

Profesor: Pablo Andrés Valinotti

Dirección de e-mail: pabloandres.historia@gmail.com

Tema:

“Las Presidencias Históricas”



Mitre



Sarmiento



Avellaneda

La presidencia de Mitre. Un complicado punto de partida

Cuando Bartolomé Mitre pronunció su primer discurso como presidente, hacía ya dos años que tenía un rol predominante en la política argentina. En efecto, tras la derrota de la Confederación en la batalla de Pavón, la mayor parte de las provincias debieron delegar algunas de sus facultades en quien era, en ese entonces, gobernador de Buenos Aires. Entre ellas, estaba la convocatoria al Congreso Nacional y el llamado a elecciones presidenciales.

Estas responsabilidades le dieron a Mitre una base de privilegio para llegar a la presidencia ya que, a diferencia de otros líderes porteños, había entrado en contacto y mantenía negociaciones con gran parte de los gobernadores provinciales. Pero, también, porque en ese escenario político su figura comenzó a representar la posibilidad de poner en marcha un programa político de alcance nacional. Este programa significaba emprender la compleja tarea de organizar el país, sentando las bases del **Estado central**, es decir, de un poder central encarnado en instituciones y prácticas, cuyo peso y dominio fueran mayores que los de los intereses regionales. Formalmente, los

gobernadores que enviaron representantes al Congreso aceptaron este programa. Pero sus adhesiones no habían devenido de una situación meditada y pacífica. En efecto, varias provincias federales habían sido intervenidas por tropas porteñas después de Pavón. Los gobernadores de Córdoba, San Luis, Mendoza, San Juan y La Rioja habían sido destituidos y se designaron nuevos mandatarios proclives al programa que encabezaba Buenos Aires.

A comienzos de la década de 1860, Bartolomé Mitre sabía que contar con gobernadores aliados en las provincias no era una garantía total para evitar conflictos. Por esta razón, mantenía en el interior del país diversos contingentes militares, capaces de enfrentar a los rebeldes políticos. Sin embargo, esta no era la única estrategia puesta en práctica: también estaba dispuesto a llegar a acuerdos con algunos líderes federales, al entender que aún no estaba en condiciones de vencerlos militarmente. Las tropas mitristas podían ser numerosas y estar bien organizadas, pero la de los **caudillos federales** –aunque con menos hombres y a veces menos armamento– también llevaban adelante un sistema de lucha efectivo. Ellos atacaban de sorpresa, y quienes formaban parte de esas tropas, llamadas **montoneras**, eran expertos conocedores de la geografía de la región en la que se desenvolvían.

Documento 1

La opinión de Sarmiento sobre los líderes federales

“Buenos Aires, septiembre 20 de 1861

Excelentísimo señor general D. Bartolomé Mitre:

Mi querido Coronel: Tiéndole desde aquí la mano del amigo que dice: ¡bien! Nos ha dado un General: podemos dormir tranquilos estos diez años [...].

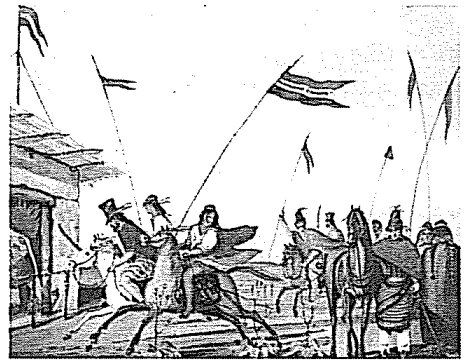
Necesito ir a las provincias. Usted sabe mi doctrina. Los candidatos se hacen de antemano. Un precursor necesita que digan: ‘yo sólo vengo a prepararle el camino’ [...]. ¿Por qué no me da el mando de uno de los regimientos de línea, que ha quedado vacante, después de tanta vergüenza?

No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos.

En la época grandiosa que atravesamos, yo no me quedaré maestro de escuela, pegado a un empleo, ni periodista. Me debo algo más [...]. Deme los oficiales sanjuaninos y cordobeses, y yo llevaré la cruzada a los Andes.

No deje cicatrizar la herida de Pavón. Urquiza debe desaparecer de la escena, cueste lo que cueste [...].

Insisto en recomendarle mis solicitudes y pedidos. Estoy ya viejo y necesito hacer algo. Soy sanjuanino, y quiero no estar por siempre proscripto. Puedo en las provincias, y deseo ser el heraldo autorizado de Buenos Aires. Contando con su apoyo, espero lo que usted ordene. Si me falta, me faltará mucho, pero no todo. Me queda aquella voluntad que viene hace 30 años tropezando con las dificultades y regando con su sudor el pequeño surco que abre en los sucesos [...].



La montonera, acuarela de Carlos H. Pellegrini.

Su amigo, Domingo Faustino Sarmiento”.

Los levantamientos del Chacho

Cómo actuar y qué hacer con los líderes federales fue un asunto complicado. Como leíste en el **doc. 1**, Sarmiento trató de convencer a Mitre para que declarara una guerra abierta a los federales sin temor a ahorrar “sangre de gauchos”, haciendo referencia a los hombres que formaban parte de las llamadas montoneras federales. Sin embargo, la estrategia del sanjuanino no fue la que prevaleció inmediatamente, a pesar de que el gobierno nacido de Pavón mantuvo una fuerte presencia militar en el Interior. Mitre decidió que declarar un combate abierto o romper los acuerdos con Urquiza bien podían haber significado un nuevo, largo y costoso enfrentamiento civil, que hubiera esfumado la posibilidad de realizar elecciones y comenzar a organizar las bases de un nuevo estado.

Por estas razones, en 1862, cuando la situación política se tornó otra vez delicada en ciertas regiones del Interior, Mitre decidió llegar a un acuerdo con **Vicente “Chacho” Peñaloza**. Este caudillo había iniciado un movimiento contra los liberales, que se extendió por la provincia de La Rioja, una parte de Córdoba y el norte de San Juan y San Luis. Mediante un acuerdo llamado Tratado de la Banderita, el gobierno reconoció al Chacho con el rango de general, mientras que Peñaloza se hacía responsable de la obediencia de los federales de la provincia de La Rioja y de sus zonas de influencia al nuevo gobierno nacional (**doc. 2**).

Sin embargo, el acuerdo no pudo mantenerse por mucho tiempo. Los nuevos gobiernos liberales de Córdoba, San Luis y San Juan (este último a cargo de Sarmiento) dieron orden de ejecutar a algunos de los federales que habían participado de la rebelión del Chacho.

Como respuesta, algunos caudillos menores lanzaron, desde los Llanos riojanos, expediciones para vengar a quienes habían sido asesinados. Ante estos incidentes, los liberales acusaron a Peñaloza de complicidad. Estas acusaciones, no obstante, carecen de fundamentos ya que, en realidad, el caudillo riojano intentó hacer cumplir el acuerdo. Lo que sucedió fue que algunos de los jefes federales actuaron por su cuenta.

Para comprender esta situación es necesario reconocer que el entramado federal, con sus montoneras, no implicaba un esquema jerárquico lineal. Las antiguas miradas historiográficas entendían que las montoneras estaban formadas por hombres de campo analfabetos y bárbaros que eran movilizados por un único líder, en este caso, el Chacho Peñaloza. El mapa de relaciones políticas y militares, sin embargo, era mucho más complejo: estaba formado por densas redes de acuerdos y jerarquías entre diferentes hombres que respondían a diversos líderes federales, que, a su vez, actuaban con distintos grados de autonomía.

A comienzos de 1863, el Chacho dio por fracasado el Tratado de la Banderita, al ver que los gobiernos liberales de las provincias vecinas, especialmente San Juan, lo habían violado reiteradamente. Su posición era complicada: había tomado conciencia de los límites que el nuevo orden le imponía a su capacidad para proteger a sus seguidores y aliados, poniendo en riesgo, de este modo, su base política. Esta situación lo llevó a rebelarse, por segunda vez, contra el gobierno nacional. Pero su decisión no contó con el acompañamiento de los jefes federales de las provincias más importantes: temiendo que se desatara una nueva guerra civil, ni el federalismo cordobés ni los hombres del general Urquiza lo apoyaron.

Pese al aislamiento político de Peñaloza, su campaña resultó ser un serio escollo para los liberales. No obstante, sus éxitos militares tuvieron corta duración y las fuerzas de la nación lograron vencerlo en las afueras de la ciudad de Córdoba. Acorralado y con pocos hombres, el Chacho se refugió en la provincia de La Rioja. Allí pudo reunir a más de 2.000 hombres, pero, en lugar de retomar los ataques, buscó una salida negociada.

Sin embargo, el gobierno nacional, convencido de que la única manera de asegurar la obediencia política en La Rioja dependía de la total derrota militar del caudillo, ya

no estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con él y el gobierno dio la orden a los jefes de las tropas liberales de perseguir a Peñaloza y a sus hombres. Una nueva victoria militar para las fuerzas del gobierno nacional en San Juan puso en evidencia que el Chacho estaba debilitado. Poco tiempo después fue tomado prisionero en el pueblo de Olta, en los Llanos riojanos. El 12 de noviembre de 1863, el comandante Pedro Irazábal dio la orden de matarlo y a modo de castigo ejemplar su cuerpo fue desmembrado y decapitado. Luego de ocho meses de guerra, la rebelión federal había sido finalmente dominada.

Presencia militar e intervenciones

Para los liberales, la muerte del Chacho Peñaloza representaba el fin de los conflictos y la obediencia política del Interior al gobierno nacional. Sin embargo, la paz impuesta resultó ser precaria. Tan solo dos años después, en Córdoba, estalló una revolución en contra del gobernador Mateo Luque. Todo pareció volver a su cauce rápidamente, luego de la represión de las fuerzas nacionales, pero, poco tiempo después, nuevos frentes de conflicto se presentaron. En 1866, Mendoza y Catamarca se rebelaron también en contra de quienes detentaban el gobierno provincial; en 1867 los conflictos volvieron a presentarse en Córdoba, La Rioja y Santa Fe, y en 1868 en Corrientes. El gobierno nacional optó por acallar los levantamientos mediante el empleo de la fuerza y con la decisión de intervenir las provincias.

Pero para poder llevar adelante este tipo de acciones, el gobierno central debía poder contar con una gran capacidad de dominio sobre las provincias. Entre otras cosas, entonces, debía disponer de hombres disciplinados y dispuestos a luchar. Por ello, en 1864 Mitre decidió organizar un **ejército regular**, en el cual la conducción ya no fuese un atributo compartido entre las provincias y el gobierno nacional.

Desde los tiempos de la guerra contra España las provincias eran las encargadas de constituir las formaciones militares con sus ejércitos locales. Dicha situación comenzó a cambiar con la derrota de la Confederación en 1862, cuando las fuerzas militares de Buenos Aires pasaron a constituirse en el núcleo central del ejército nacional. Teniendo en cuenta los conflictos de los primeros años de su gobierno, Mitre decidió formar cuerpos militares que respondieran al poder central.

El nuevo cuerpo militar contó, inicialmente, con 6.000 efectivos. Sin embargo, las tareas que debió afrontar pusieron de manifiesto los serios obstáculos que tenía el poder central para hacer prevalecer su poder. En primer lugar, el nuevo ejército no solo debía ocuparse de luchar contra las rebeliones de los caudillos y sus hombres, sino también de defender las líneas de frontera, que eran constantemente vulneradas por el accionar de las formaciones militares indígenas.

El ejército también se reveló insuficiente cuando en 1865 la República Argentina entró en guerra con el Paraguay. De hecho, y ante la falta de hombres, el Estado nacional apeló a las provincias, exigiendo que enrolaran a sus hombres para enviarlos hacia los frentes de batalla. De este modo, el Estado nacional daba un paso hacia atrás, al pretender que los principales líderes provinciales reclutaran a sus gauchos para formar parte de los ejércitos nacionales.

El otro instrumento utilizado para acallar los conflictos en las provincias fueron las **intervenciones federales**. Estas se hallaban definidas en la Constitución y eran un recurso que le permitía al poder central reemplazar a las autoridades provinciales por otras designadas por él con el fin de restablecer la forma republicana de gobierno. Sin embargo, las intervenciones enunciadas por el texto constitucional debían ser materia de discusión del Poder Legislativo de la Nación, cuestión que no siempre sucedió durante la presidencia de Mitre, ya que, en diversas circunstancias la intervención fue llevada adelante gracias a decretos presidenciales (**doc. 3**). De este modo, las intervenciones fueron evaluadas por muchos contemporáneos como un avasallamiento de los derechos y de las autonomías provinciales.



La guerra del Paraguay y los conflictos internos

A pesar de que Mitre detentó cierto poder como para comenzar a asentar las bases de un Estado moderno, su presidencia fue una época de grandes conflictos que pusieron en evidencia, una y otra vez, el largo trecho que aún se debía recorrer para afirmar los atributos del Estado central. En tal sentido, y contrariamente a lo esperado por Mitre y sus hombres, el equilibrio político se volvió aun más precario que en los tiempos de los alzamientos del Chacho Peñaloza. En gran medida, esto se debió a un nuevo frente de combate que puso a la República Argentina contra el Paraguay.

El conflicto se desencadenó en 1863, cuando el general uruguayo Venancio Flores intentó derrocar al presidente electo de su país, de tendencia federal y aliado del Paraguay, contando para ello con recursos provistos por el gobierno de Mitre. Poco tiempo después, las fuerzas del Imperio de Brasil también avanzaron sobre territorio uruguayo en apoyo a los rebeldes encabezados por Flores. Ante este hecho, el presidente del Paraguay, Francisco Solano López, decidió intervenir en defensa del gobierno aliado y le solicitó autorización al gobierno argentino para atravesar con sus tropas por la provincia de Corrientes. Pero Mitre se negó, alegando que la Argentina era una nación neutral en ese conflicto. La respuesta fue considerada una declaración vedada de guerra y, ante ella, el gobierno paraguayo le declaró la guerra a la Argentina al invadir Corrientes en 1865.



Tropas argentinas en la guerra del Paraguay.

Un mes más tarde, la Argentina, Brasil y Uruguay firmaron un tratado que llevó el nombre de **Triple Alianza** en el cual acordaron establecer una alianza ofensiva contra el Paraguay.

Si bien las primeras batallas fueron favorables al ejército aliado, ya en tierras paraguayas las acciones militares se tornaron lentas y difíciles debido a la gran capacidad defensiva de los paraguayos. Como el ejército argentino necesitaba cada vez más hombres, Mitre ordenó que todos los hombres mayores capaces de portar un arma fueran reclutados.

La orden presidencial reabrió un frente de conflicto. La provincia de La Rioja fue la primera en resistir la orden. Aurelio Salazar –hasta entonces un desconocido peón– decidió, junto a un pequeño grupo de hombres, liberar a quienes habían sido enrolados por la fuerza. Si bien su montonera fue rápidamente derrotada, a mediados de 1866 un antiguo caudillo federal de los Llanos riojanos, “Berna” Carrizo, también se rebeló. A pesar de que él también fue derrotado militarmente y ajusticiado en la ciudad de La Rioja, el malestar político ante los reclutamientos forzados no pudieron ser acallados fácilmente.

No obstante, el principal estallido tuvo lugar, como estudiaremos en la próxima página, un año después, cuando **Felipe Varela**, un estanciero catamarqueño y líder federal que había secundado al Chacho Peñaloza, decidió rebelarse contra el gobierno nacional.

Mientras tanto, el poder central no solo debía atender los conflictos en el Interior, sino que también debía mantenerse en el frente de batalla en el Paraguay. A comienzos del año 1868, Mitre –que estaba al mando de las fuerzas terrestres– debió retornar a Buenos Aires porque su vicepresidente, Marcos Paz, había fallecido. Su lugar fue ocupado por el marqués de Caxias, el comandante, un brasileño, que continuó con el avance hacia la capital paraguaya, a la que tomó en enero de 1869.

Sin embargo, la caída de la capital no significó el fin de la guerra, pues Solano López continuó resistiendo en la región selvática del Paraguay. Recién en 1870 las fuerzas brasileñas lograron vencerlo y lo asesinaron en Cerro Corá. El 20 de junio de ese año se firmó el protocolo que puso fin al conflicto bélico. El saldo para la república paraguaya fue altamente negativo ya que no solo perdió casi el 90% de su población masculina sino que, además, debió ceder parte de sus territorios.

La rebelión de Felipe Varela

Para cuando Felipe Varela decidió levantarse en armas contra el gobierno nacional, la situación en el interior ya era álgida. Varela había reclutado hombres en Chile, país donde se había exiliado luego de la derrota de Peñalosa. Su expedición avanzó por San Juan, acompañado por otros líderes federales. En las banderas de sus tropas se leía: “¡Federación o Muerte! ¡Viva la Unión Americana! ¡Viva el ilustre capitán general Urquiza! ¡Abajo los negros traidores de la Patria!”

Su proclama, conocida a fines de 1866, bastó para levantar en armas a las montoneras de los Llanos. En

enero de 1867, y con un fuerte apoyo popular, Varela organizó una reunión con otros caudillos federales para preparar un movimiento que tendría como objetivo la derrota del gobierno de Mitre. El gobierno nacional decidió concentrarse en desbaratar el movimiento rebelde. Además de frustrarles el plan, buscaba obligar a los vencidos a sumarse al ejército nacional para luchar en la guerra del Paraguay.

Los empeños del poder central no fueron en vano y en unos meses, Varela y sus hombres fueron vencidos. El tiempo de las montoneras federales estaba llegando a su fin.

Documento 5

Proclama de Felipe Varela

“¡Argentinos! El hermoso y brillante pabellón que San Martín, Alvear y Urquiza llevaron altivamente en cien combates, haciéndolo tremolar con toda gloria en las tres más grandes epopeyas que nuestra patria atravesó incólume, ha sido vilmente enlodado por el general Mitre [...]. La más bella y perfecta Carta Constitucional democrática, republicana, federal, que los valientes entrerrianos dieron a costa de su sangre preciosa, venciendo en Caseros al centralismo odioso de los espurios hijos de la culta Buenos Aires, ha sido violada y mutilada desde el año sesenta y uno hasta hoy, por Mitre y su círculo de esbirros [...]. Nuestra nación, tan feliz en antecedentes, tan grande en poder, tan rica en porvenir, tan engalanada en glorias, ha sido humillada como una esclava, quedando empeñada en más de cien millones de pesos fuertes y comprometido su alto nombre a la vez que sus grandes destinos por el bárbaro capricho de aquel mismo porteño que, después de la derrota de Cepeda, lagrimeando juró respetarla [...]. Compatriotas: desde que aquel usurpó el gobierno de la nación [...] ser porteño es ser ciudadano exclusivista, y ser provinciano es ser mendigo sin patria, sin libertad, sin derechos. Esta es la política del gobierno de Mitre [...]. Compatriotas: ¡A las armas! ¡Es el grito que se arranca del corazón de todos los buenos argentinos!

¡Abajo los infractores de la ley! ¡Abajo los traidores a la Patria! ¡Abajo los mercaderes de cruces en la Uruguayana, a precio de oro, de lágrimas y de sangre Argentina y Oriental!

¡Soldados federales! Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la unión con las demás Repúblicas Americanas. ¡Ay de aquel que infrinja este programa!”

Territorio de Paraguay antes y después de la Guerra de la Triple Alianza



Sarmiento llega a la presidencia

El general Bartolomé Mitre finalizó su mandato presidencial en 1868 y el 12 de octubre de ese año entregó el mando a su sucesor, **Domingo Faustino Sarmiento**. En esta ocasión, el proceso eleccionario había sido complejo. A diferencia de la elección que había llevado a Mitre a la presidencia, en 1868 las fuerzas se habían agrupado en cuatro tendencias bien diferenciadas. Por un lado, estaba Mitre, líder de la tendencia más numerosa. Por otro lado, la facción de Adolfo Alsina, que gozaba de una gran popularidad en Buenos Aires. El litoral, por su parte, estaba hegemonizado por Urquiza, en tanto que en el norte del país se encontraba Taboada, liderando una alianza que reunía a cinco provincias. A estas cuatro tendencias hay que sumarle, además, la importancia del ejército, cuya participación creció al ritmo de la guerra del Paraguay.

Si bien hubo varios intentos por llegar a acuerdos entre las fórmulas, finalmente la candidatura de Sarmiento fue impulsada por un grupo de liberales y luego apoyada por ciertos sectores del ejército mientras él se hallaba en los Estados Unidos. Al recibir el mando presidencial, Sarmiento organizó su gabinete. Entre sus ministros estuvieron Dalmacio Vélez Sarsfield, en el ministerio del Interior; Nicolás Avellaneda, en el de Justicia, Culto e Instrucción Pública, y Martín de Gainza, que encabezó el ministerio de Guerra.

Sarmiento carecía de un partido propio que lo apoyara de manera constante. Por eso, para mantenerse sin sobresaltos en la presidencia, llevó adelante una política orientada a establecer una fuerte disciplina en distintos niveles. Además, el nuevo presidente intervino en las provincias asegurándose, por medio de acuerdos o de la fuerza, las elecciones que en ellas se sucedieron.



Una batería del gobierno emplazada en una calle de Paraná, durante el alzamiento de López Jordán, en 1873. Dibujo de H. Meyer publicado en *El Americano*.

Por otro lado, fue mucho más implacable que Mitre con las resistencias generadas en el Interior. De hecho, aprobó la aplicación de la pena de muerte para los desertores del ejército y para los caudillos federales tomados como prisioneros.

En cuanto a su relación con Urquiza, Sarmiento desconfiaba profundamente de las intenciones del federal entrerriano. No obstante, tomó la resolución de llegar a un acuerdo con Urquiza, quien, a pesar de todo, se había mantenido fiel a las decisiones del poder central. De hecho, y porque necesitaba su apoyo, viajó personalmente hasta la provincia de Entre Ríos para reconciliarse públicamente con el líder federal.

La decisión de Urquiza de apoyar primero al gobierno de Mitre y luego al de Sarmiento trajo un profundo descontento entre ciertos sectores del federalismo. Pero el encuentro público que hubo entre él y el presidente Sarmiento desató la mayor de las iras. El 11 de abril de 1870, Urquiza fue asesinado en su propia residencia. Su muerte había sido ya pregonada hacía años (1863) por José Hernández, el autor del *Martín Fierro* (doc. 7).

Sarmiento entendió que el asesinato había sido encargado por **Ricardo López Jordán**, el gobernador de Entre Ríos. En consecuencia, el presidente decretó la intervención militar a la provincia, pero la presencia de las tropas nacionales no disuadió a López Jordán, quien decidió reunir fuerzas para combatirla. Varias fueron las batallas entre las fuerzas de López Jordán y las tropas nacionales, que finalmente vencieron en enero de 1871.

Documento 7

Urquiza, una muerte anunciada

“La sangre de Peñalosa clama venganza, y la venganza será cumplida, sangrienta, como el hecho que la provoca, reparadora como lo exige la moral, la justicia y la humanidad ultrajada con ese cruento asesinato. La historia de los crímenes no está completa. El general Urquiza vive aún, y el general Urquiza tiene también que pagar su tributo de sangre a la ferocidad unitaria, tiene también que caer bajo el puñal de los asesinos unitarios como todos los próceres del partido federal. Tiemble ya el general Urquiza; que el puñal de los asesinos se prepara para descargarlo sobre su cuello; allí, en San José, en medio de los halagos de su familia, su sangre ha de enrojecer los salones tan frecuentados por el partido unitario”.

Hernández, José. *Vida del Chacho*.
Buenos Aires, Antonio Dos Santos Editor, 1947.

Educando al soberano

Al frente del Poder Ejecutivo Nacional, Sarmiento desarrolló una importante obra de gobierno contando, para ello, con un conjunto de instituciones y funciones que se habían ido fortaleciendo durante la gestión de Mitre. Durante su presidencia, por ejemplo, se llevó a cabo el primer **Censo Nacional** de la Argentina.

No obstante, una de las principales preocupaciones de Sarmiento fue la de “educar al soberano”, es decir, al pueblo. Por ello, junto a su ministro de Instrucción Pública, Nicolás Avellaneda, llevó adelante una política destinada a expandir la **educación pública**, fundando más de un millar de escuelas primarias.

También se preocupó por formar maestros y, con tal propósito, fundó en la ciudad de Paraná una escuela dedicada a ello, que recibió el nombre de Escuela Normal. Su labor se completó con la fundación de bibliotecas, la inauguración en la ciudad de Córdoba de un Observatorio Astronómico, y la creación, en Buenos Aires, del Colegio Militar.



Inauguración del colegio de la Asunción del Saladillo, el 15 de agosto de 1872.

Documento 8

La función de la educación según Sarmiento

“De este principio imprescriptible [la igualdad de derechos de los hombres] hoy nace la obligación de todo gobierno a proveer educación a las generaciones venideras [...]. Un padre pobre no puede ser responsable de la educación de sus hijos; pero la sociedad en masa tiene el interés vital en asegurarse de que todos los individuos que han de venir con el tiempo a formar la nación, vayan por la educación recibida en su infancia, preparándose

El gobierno de Avellaneda

En 1874, y a pesar de la impugnación que sufriera su designación por parte de Mitre, el tucumano **Nicolás Avellaneda** sucedió a Sarmiento en la presidencia. Sus años de gobierno fueron complicados ya que debió afrontar serios problemas económicos asociados a una crisis mundial que había estallado en 1873 y cuyas repercusiones se hicieron sentir en el territorio argentino. No obstante, la presidencia de Avellaneda siguió en el sendero delimitado por Mitre: continuar en la conformación de las bases de un Estado nacional fuerte.

Para ello, y como leerás con profundidad en el capítulo 7, durante su gobierno se buscó avanzar sobre tierras aún no incorporadas al territorio argentino. Asimismo, en 1876 se sancionó la **Ley General de Inmigración y Colonización**, conocida como “**Ley Avellaneda**”. Esta ley ordenaba en un solo texto legal todo lo relacionado con el tema de las migraciones (ver capítulo 8).

Otro de los aspectos destacados de su mandato fue la **capitalización de la ciudad de Buenos Aires**. En efecto, en 1862 las autoridades nacionales y las de la provincia de Buenos Aires firmaron la “Ley de Compromiso”, que les permitía a las autoridades nacionales residir en la ciudad de Buenos Aires como huéspedes hasta que se llegara a un acuerdo definitivo sobre la ciudad capital. Por lo tanto, hasta 1880, las autoridades nacionales y las de la provincia de Buenos Aires tenían sus sedes administrativas en la ciudad porteña. Para los hombres del gobierno nacional, ser considerados huéspedes de una provincia era una acusación de debilidad, y dejaba en evidencia que el Poder Ejecutivo Nacional carecía de autonomía sobre el territorio en el cual estaba su sede administrativa.

La solución era transformar a la ciudad de Buenos Aires en la capital de la República Argentina. Para esto había que separar a la ciudad de la provincia y crear una nueva sede para las autoridades provinciales. Sin embargo, tomar esta decisión no era sencillo, y desde hacía años venía generando largos debates.

De la revolución a la capitalización

A fines de los años 70, las desavenencias entre ambos gobiernos se incrementaron notablemente y aceleraron la decisión de Avellaneda de capitalizar la ciudad de Buenos Aires.

La decisión presidencial fue asumida por el entonces gobernador de la provincia bonaerense, **Carlos Tejedor**, como una derrota política, por lo que decidió levantarse en armas contra el gobierno nacional.

La revolución estalló en junio de 1880, provocando sangrientos combates que dejaron alrededor de 3.000 muertos. Finalmente, el ejército nacional comandado por Julio A. Roca venció a los rebeldes porteños y, tras la intermediación de Mitre, Tejedor renunció.

La derrota porteña dio lugar a que el presidente Avellaneda elevara un proyecto de ley para hacer efectiva la capitalización de Buenos Aires.

Finalmente, el 20 de septiembre de 1880, el Congreso sancionó la ley 1.029, la **Ley de capitalización**, en la cual se declaraba a la ciudad porteña capital de la República Argentina. Al día siguiente, el Poder Ejecutivo promulgó la ley, disponiendo además qué establecimientos y edificios públicos continuarían perteneciendo a la provincia, y cuáles, a la nación.

Cuando la ciudad de Buenos Aires se transformó en la Capital Federal, las autoridades de la provincia debieron buscar un sitio para llevar ahí la sede del gobierno. El trabajo comenzó pronto y se le encomendó a un grupo de personas la misión de hallar un lugar apropiado.

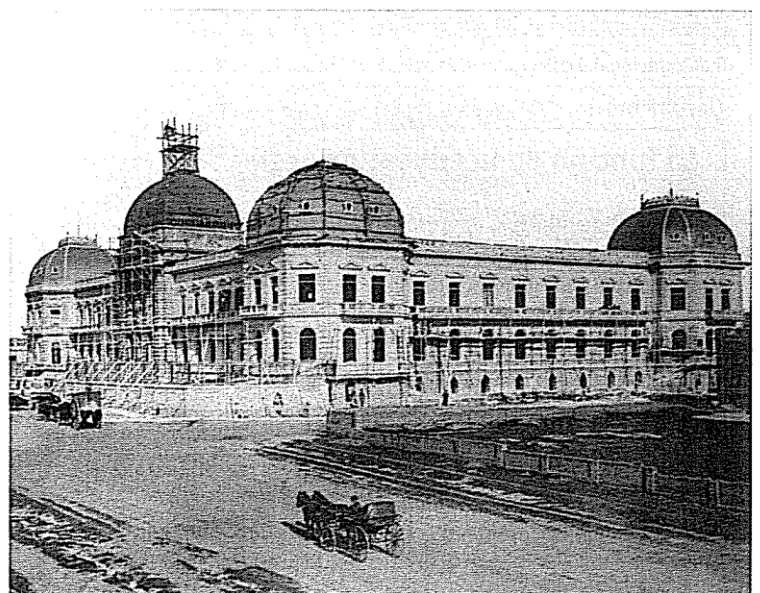
Varias fueron las propuestas. Pero, finalmente, prevaleció la de construir la nueva ciudad en la Ensenada de Barragán.

A pesar de que era necesario edificar toda la ciudad, en 1882 la Legislatura de la provincia votó por esta propuesta, eligiendo también su nombre: **La Plata**. La decisión fue tomada teniendo en cuenta dos criterios. El primero, la cercanía con la boca del Río de la Plata —lo cual posibilitaba la construcción de un puerto—, y el segundo, la existencia de una línea de ferrocarril cercana que la conectaba con la ciudad porteña. Finalmente, en noviembre de 1882 se colocó la piedra fundamental de la ciudad.

Ingenieros, intelectuales, dirigentes provinciales y técnicos planearon que la futura ciudad fuera la más moderna del país. A diferencia de la Capital Federal, que debía derribar edificios antiguos para hacer más amplias sus calles o resolver cómo ampliar la red de cloacas, La Plata comenzaría de cero.

Así, se diagramó la nueva ciudad meditando sobre cada uno de sus detalles: los edificios que serían necesarios, las dimensiones de las calles, la manera más sencilla de nombrarlas, los espacios verdes y las nuevas instituciones que debían crearse.

Por esto, La Plata fue la primera ciudad argentina que contó con grandes diagonales. También fue la primera en la que sus calles llevaron números en lugar de nombres, de modo que fuera imposible perderse en ella.



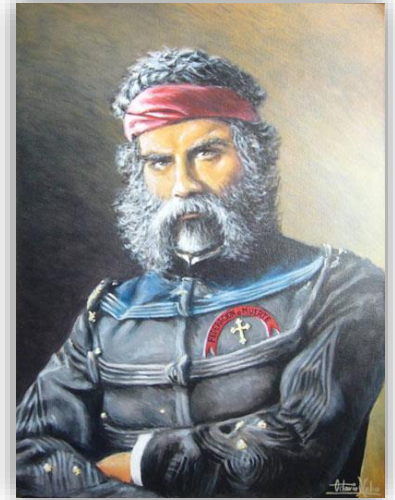
Antigua estación del ferrocarril y construcción del Palacio de Justicia en la ciudad de La Plata.

Actividades:

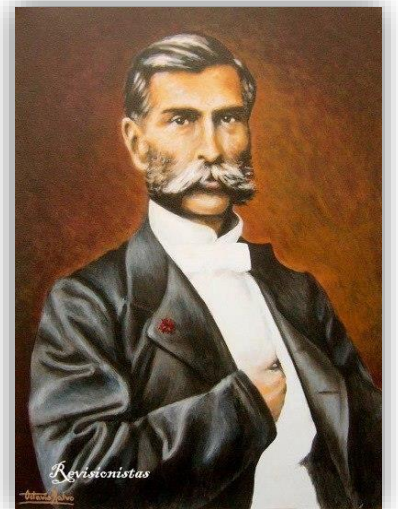
- 1) ¿Qué estrategias implementó Mitre una vez en la presidencia para poder controlar a las provincias?
- 2) El acuerdo con el Chacho Peñaloza le permitió a Mitre mantener la paz en las provincias del oeste. A partir de la lectura, describe las causas que llevaron a que Peñaloza se levante en contra nuevamente del gobierno Nacional y cuál fue el resultado del mismo.
- 3) A partir de este conflicto, se hizo necesario que el gobierno Nacional recurra a dos instrumentos: el ejército regular y a las intervenciones federales. ¿Qué problemas surgieron en cada caso?
- 4) Observa el siguiente video y luego responde a las preguntas:

<https://www.youtube.com/watch?v=dtTnWayxPOY>

- a) ¿Qué excusa tenía cada país para iniciar la guerra?
 - b) ¿Qué consecuencias trajo para Paraguay la guerra?
- 5) ¿Qué diferencias y similitudes puedes observar entre el levantamiento del Chacho Peñaloza y de Felipe Varela?
 - 6) Describe las principales obras de gobierno que llevó a cabo Sarmiento en su presidencia.
 - 7) ¿Qué establecían las leyes de Inmigración y de Capitalización del gobierno de Avellaneda?



Ángel Vicente Peñaloza



Felipe Varela